



## ***Luis Iglesias, emancipación entre la idea y la acción***

Iglesias, L. F. (1957). *La escuela rural unitaria*. Buenos Aires, Ediciones Pedagógicas.

### **Martín Pedersen\***

Los docentes llegamos como tales al aula habiendo internalizado durante años el contexto y los roles de la dinámica escolar. Desde chiquitos hacemos el recorrido por la educación obligatoria, incorporando mecanismos que terminamos tomando por naturales, como dados así desde toda la vida. Uno de ellos es de los más diferenciales en nuestro sistema educativo y en la mayoría de los sistemas educativos modernos del mundo: los alumnos de un año no se juntan (salvo en los recreos o actividades excepcionales) con los alumnos de los demás años. Este dispositivo que conocemos como graduación escolar, o escuela graduada, lo empezamos a asimilar desde el primer día del jardín de infantes y nos resulta tan cotidiano como el hecho de estar en el aula con un adulto que nos guíe o como entrar y salir de la escuela en los mismos horarios todos los días.

Sin embargo, cuando uno se transforma en docente (maestro en el caso de quien esto escribe) y va, por caso, a tomar cargos en alguna de las veinticinco regiones educativas de la provincia de Buenos Aires, suelen aparecer entre la oferta del momento las escuelas de modalidad rural o escuelitas de campo, como solemos llamarles los docentes. Uno toma ese cargo y cuando llega a la escuela se encuentra con la primera sorpresa, devenida un desafío al corazón de nuestra capacidad didáctica: los alumnos de un año se encuentran en el mismo espacio con los alumnos de los otros años. Todos juntos en una sala que suele ser pequeña, conformando un grupo que también suele ser pequeño.

\* Martín Pedersen es Profesor en Educación Primaria, estudiante de la Licenciatura en Ciencias de la Educación y maestrando en Educación (UNICEN).

¿Cómo voy a hacer? Es la pregunta que todos los que hemos atravesado la puerta de entrada del aula rural nos hemos hecho, para intentar comenzar el vínculo pedagógico con esos niños que a primera vista nos resultan una miscelánea de edades, necesidades, contenidos, temas y otros demases...

Quien esto escribe pidió (y recibió) mucha ayuda de colegas, directoras e inspectoras para adentrarse en ese desafío. Una de esas compañeras me recomendó un libro al que describió como “simple y lleno de ideas, pensado para una maestra y no para los charlatanes”. El libro simple y lleno de ideas no era otro que el doble volumen de *La Escuela Rural Unitaria*, del maestro, pedagogo, inspector y original representante de la corriente escolanovista, Luis Fortunato Iglesias.

¿Y por qué venir aquí a reseñar este libro un tanto olvidado por los interminables cambios de moda de la literatura educativa?

Las razones a enumerar pueden ser muchas. Yo solamente voy a nombrar ahora la que considero más importante: *La Escuela Unitaria* resume, como pocos libros sobre educación, la fuerza de la combinación entre el hacer y el saber y entre la idea y la acción, desde la perspectiva de quien pone a prueba diariamente sus convicciones didácticas, pedagógicas y, por supuesto, políticas e ideológicas.

Iglesias escribe su obra versando sobre su experiencia como maestro único de hijos de campesinos (de ahí la denominación de unitarias para este tipo de establecimientos) en la escuela nº11 de Esteban Echevarría, en la provincia de Buenos Aires por casi 20 años. Es decir que primeramente *La Escuela Unitaria* se nos presenta como un testimonio de vida, un diario pedagógico, al estilo y la altura de clásicos como el *Poema Pedagógico*, del maestro ruso Antón Makárenko.

El libro se encuentra dividido en dos tomos, de cinco capítulos el primero y seis el segundo, en los que se abordan ordenadamente las características de esta escuela, la técnica de trabajo llevada adelante por el docente, el trabajo en matemática, el aprendizaje de la “lectura-escritura”, la expresión escrita, la expresión plástica, la lectura y literatura, los capítulos de historia, las ciencias naturales y los trabajos experimentales, el cine, música, juegos y otras actividades y finalmente un capítulo dedicado al desarrollo de la autonomía y la responsabilidad en el trabajo en clase de los niños.

A lo largo de estos capítulos, Iglesias va desovillando el día a día escolar, intentando dar con un método frente a la ausencia de guías y obras pedagógicas para este tipo de escuelas que caminan en “un derrotero incierto de andanzas a ciegas y a la deriva” según observa el autor en la introducción del libro y por la que el docente al frente de la escuela se ve en la obligación práctica y ética de crear su propio método, su técnica, como él mismo la denomina, la cual “nutrida en la búsqueda inagotable de antecedentes y teorías –en lecturas mordidas con desesperada impotencia, muchas veces- fue moldeándose en la candente realidad de los elementos que la actividad diaria nos fue dando y quitando...” (1957, p.10)

*La Escuela Unitaria* debe entenderse e interpretarse, como toda obra pedagógica, a la luz de su tiempo histórico. Iglesias presenta este libro como un canto a la innovación y la renovación pedagógicas frente al burocratismo y el andar rutinario de la escuela tradicional de aquellos años, que a través de “la grosera intervención adulta” (p. 10) limitaba la actividad creadora de los niños. El recorrido por los capítulos del libro nos muestra un convencimiento férreo en el poder de la educación y, particularmente, en la fuerza liberadora de la lectura y la escritura. Así, Iglesias y su obra se inscriben como parte de ese torrente renovador que en buena parte del mundo, entre el siglo XIX y siglo XX se nutrió de los principios naturalistas rousseauianos para poner en el centro de la escena la actividad del niño que aprendía y que, con los años fue conociéndose como escuela nueva, en un haz diverso de postulados y razonamientos que encontraban su núcleo de unión en la crítica mordaz a la escuela tradicional.

En *La Escuela Unitaria* podemos encontrar, entre otros, menciones a Montessori, Cousinet, O’Neil, Jesualdo, Makárenko, a veces como citas de autoridad para refrendar lo realizado en la escuelita; otras para disentir abiertamente con alguno de ellos, reflejando la honestidad intelectual de Iglesias, quien se presenta a sí mismo como un forjador de su propia técnica “que no cabe en la denominación de un método conocido, ni que tampoco es una simple suma total o parcial de algunos de ellos” (p.11)

Este actuar consecuente con sus convicciones y con las necesidades de sus alumnos fue el que le permitió innovar, experimentar e investigar llevando a sus límites la vieja estructura escolar, desarrollando una serie de herramientas didácticas de avanzada,

tales como los cuadernos de pensamientos propios, las fichas de temas, los folletos ilustrados, las grillas de autoevaluación o los guiones didácticos, someramente descritos en las páginas de un libro al que su propio autor presenta como un “manual de realizaciones con los hechos concretos existentes y las situaciones actuales de la inmensa mayoría de las escuelas rurales argentinas” (p. 10).

Hoy día, mucha agua ha corrido, el mundo ha mutado y la lucha por la innovación didáctica que, en los tiempos de encorsetamiento pedagógico que vivió Iglesias, representaba un grito manso de libertad y rebeldía ha devenido en una moda febril al compás de una agenda educativa puesta al servicio del mercado. Un mercado que promueve el cambio y la innovación permanente, mientras demanda adaptabilidad constante en las competencias y capacidades de sus trabajadores, cada vez más aislados y precarizados.

Esta fiebre innovadora mundial en la educación, que como espejo de su época, desecha con desdén toda la historia, la tradición y la memoria colectiva, se encuentra en las antípodas del proyecto de escuela nueva construido por Iglesias; porque allí donde el viejo maestro sembraba libertad y creatividad para la formación de un ser humano integral, las actuales políticas educativas estandarizadas performan la homogeneidad de un capital humano apto para un mercado que se pretende único y global.

En estos tiempos aciagos mucho podemos aprender los maestros y profesores que bregamos por cambios a favor de las mayorías, del cúmulo de ideas vertido en *La Escuela Unitaria*. Valga la pena, entonces, tomarse un tiempo para la lectura de una obra simple, fresca, plagada de detalles y trazada con una fina ironía, propia de quien sabe que lo suyo está molestando. Y hoy, más que nunca, sean bienvenidos los docentes que molestan.